

Universidad, Ciencia y Sociedad

ALVARO MORALES ORDOSGOITIA*

RESUMEN

Las relaciones entre universidad y sociedad vienen siendo analizadas desde diferentes ángulos y puntos de vista. Quizás porque la preocupación es mayor cuando el problema adquiere una connotación política, el ángulo predominante ha sido éste, aunque los puntos de vista sean distintos y encontrados. Los análisis se hacen desde las concepciones estrechas de quienes ven en los problemas universitarios un simple asunto de policía o de fuerza pública, pasando por las concepciones nostálgicas de quienes reducen al asunto a un simple efecto del abandono del recinto universitario por parte de los partidos tradicionales, hasta aquellas más objetivas de quienes interpretan el enfrentamiento más que la relación como producto de una desarticulación estructural e histórica entre la sociedad y su universidad y viceversa.

Las relaciones entre universidad y sociedad vienen siendo analizadas desde diferentes ángulos y puntos de vista. Quizás porque la preocupación es mayor cuando el problema adquiere una connotación política el ángulo predominante ha sido éste, aunque los puntos de vista sean distintos y encontrados. Los análisis se hacen desde las concepciones estrechas de quienes ven en los problemas universitarios un simple asunto de policía o de fuerza pública, pasando por las concepciones nostálgicas de quienes reducen al asunto a un simple efecto del abandono del recinto universitario por parte de los partidos tradicionales, hasta aquellas más objetivas de quienes interpretan el enfrentamiento más que la relación como producto de una desarticulación estructural e histórica entre la sociedad y su universidad y viceversa.

Las primeras concepciones, aunque hacen parte de la interpretación general, y son, a su modo, expresiones de la confusión reinante, no son para tratar en este ensayo que, busca además, incluir en la relación el fenómeno científico. Interesan por el contrario, las últimas porque son precisamente, las que al tratar de explicar esa falta de relación orgánica, aluden a los verdaderos términos que competen y a la sociedad (su desarrollo, su producción, su industria, los problemas sociales, etc.), y a la universidad (su nivel académico, la investigación, la formación profesional, la labor docente, etc.). Entre esos dos polos aparece, sin lugar a dudas, el problema de la ciencia en todas sus expresiones y modalidades: en la calidad del producto universitario, es decir, el profesional; en la técnica y la tecnología que se aplica en la producción; en los resultados de las investigaciones, etc. Ahora bien, los

* Sociólogo Universidad Nacional
Profesor, Investigador "Seminario Historia Empresarial" E.A.N.

vínculos que se han establecido entre esos tres aspectos son, a mi modo de ver, mecánicos ya que, en el mejor de los casos han estado supeditados a diagnósticos críticos de aquella relación que casi siempre se muestra como un divorcio entre sociedad y universidad, y han servido más para ilustrar lo que no se hace o ha podido hacerse, que para explicar lo que se ha hecho hasta ahora.

LOS ASPECTOS NEGATIVOS DE LA RELACION

El más reciente pronunciamiento en ese sentido y, si se quiere, el más autorizado, es el que suscitadamente recoge el diario El Tiempo en su edición del 24 de Enero del presente año. En él, cinco directivos de los más representativos de la universidad colombiana, invitados por ese diario, se refieren —una vez más— a los problemas universitarios y, especialmente a esa relación que en este ensayo hemos querido analizar. Allí se puntualizan dichos problemas presentándolos como efectos negativos de la incidencia que la sociedad ejerce sobre la universidad pero sin que ésta cuente con los mecanismos apropiados para que pueda dar respuestas acordes a las exigencias de aquella. Las consecuencias son, por una parte, la baja o mala calidad de la enseñanza que ven como un producto de la masificación de las universidades y de la proliferación de centros de esta naturaleza que dejan mucho que desear desde el punto de vista de la verdadera formación integral de sus educandos. Por otra parte, esa mala calidad del profesional repercute —según ellos— en la desconfianza y falta de credibilidad del sector productivo, el cual “prefiere recurrir a instituciones extranjeras para hacer sus investigaciones. O simplemente para comprar sus resultados”. Los efectos que se deducen de esto son claros: la universidad no genera tecnología y el país refuerza su dependencia tecnológica con el exterior, ahondándose así la brecha que separa la universidad de la sociedad ante la indolencia de ésta para adaptarla a sus propias necesidades. De aquí se desprende una primera reflexión que puede servir para diseñar desde ya un punto de vista sobre el tema: la relación sociedad-universidad, ¿debe organizarse en la sociedad? La respuesta es afirmativa y, en ese sentido creemos que, lejos de presentarse un divorcio entre la una y la otra, lo que se muestra en Colombia es una relación directa entre una sociedad indiferente ante sus propias necesidades y posibilidades y una universidad que, en razón de esa misma indiferencia social parece no haber encontrado, todavía, su razón de ser y su destino. Sobre esto volveremos más adelante.

Continúan los directivos señalando aspectos importantes de esa relación y, en lo tocante con el papel de la universidad destacan la necesidad de “desprofesionalizarse” como insinuando que la universidad ha caído en la tendencia al profesionalismo, es decir, en un proceso de preparación y adiestramiento para el desempeño de labores mecánicas pero sin infundir una aptitud mental capaz de traducirse en reflexión, en crítica y producción creativas. Sin embargo, de ello culpan los directivos al mismo aparato productivo social al cual parece interesarle el profesional más como una “pieza de motor” que como ser humano capaz de pensar. Eso es lo que puede deducirse de algunos de sus planteamientos que nos vamos a permitir transcribir textualmente. Por ejemplo Alfonso Borrero, Ex-rector de la Javeriana y Director Ejecutivo de ASCUN, dice:

“Las universidades deben pensar que su función principal no es formar al hombre para la profesión sino para la mente”. Y agrega:

“La industria debe convencerse que la universidad le quiere formar y le va a formar, es un tipo de hombre. No piezas de motor ni piezas para reparar la máquina productiva”.

A su vez Jesús Ferro, Presidente de ASCUN señala:

“La misión de la universidad es formar y no únicamente producir profesionales. Tiene que formar a una persona. Tiene que dar una educación de calidad y no simplemente estar atenta a los requerimientos del sector productivo. Porque la universidad no se ha hecho para responder a las necesidades de los sectores productivos”.

Y Luis Arraut, Rector de la Universidad de Cartagena, concluye:

“Tenemos que ser muy claros con la industria: no estamos solo para producirle un elemento humano útil”.

Así pues, el profesionalismo, que es la respuesta universitaria a un apartado productivo social cuyas exigencias se limitan solo al aprovechamiento de las destrezas y habilidades manuales de los profesionales, se ha convertido en el rasgo predominante del papel de la universidad y de su influencia sobre la sociedad. Esto implica que la ciencia ese “altísimo ejercicio intelectual” de que habla Alfonso Borrero, no participa con su poder transformador en la preparación mental del profesional y en esta forma

no se ha logrado hacer de ellos lo que los mismos rectores desearían, es decir, profesionales “más pensantes, más industriosos, más estudiosos” u “hombres que demuestren que su formación es excepcional” como quisiera, en este último caso, el ex-rector de la Universidad Nacional, Fernando Sánchez.

Se concluye, pues, que tampoco la sociedad está influyendo positivamente sobre la sociedad para ayudar a transformarla y, por el contrario, ha venido en un proceso de adaptación y acomodamiento difícil y en veces traumático ante los cambios ocurridos en un ambiente social cuya máxima influencia sobre la universidad parece haberse reducido a las exigencias de una mayor demanda de cupos, producto de las presiones del crecimiento de la población más que de requerimientos formativos para las necesidades del crecimiento económico y del desarrollo social. Se comprende así el sentido y significado de expresiones peyorativas como “parroquialismo profesional” y “titulismo” que, empleadas por los mismos directivos sintetizan, según mi opinión, los alcances de la gestión de una institución que ha venido avalando con la autoridad que le otorga la sociedad, las irracionalidades e informalidades de esta última.

La sociedad se muestra incapaz de dar el primer paso porque está manejada por “profesionales” en el sentido peyorativo de la palabra, que simplemente se encargan de reproducir el esquema predominante.

UN CIRCULO VICIOSO

Ahora bien, algo hay detrás de las irracionales presiones que la sociedad ejerce sobre la universidad y de las respuestas profesionalizantes que ésta otorga a los requerimientos de aquella. Si así no fuera, se estará ante los términos de un círculo vicioso en que no se sabría de quién es la culpa de lo que ocurre y de quién la responsabilidad para tratar de desatar ese nudo gordiano. Generalmente así se concibe el problema y por ello, tal vez nunca se sugiere la mejor solución. La relación sociedad-universidad se mira como un antagonismo, no con respecto al malestar social que causan las ya esporádicas protestas estudiantiles, sino en el sentido de sus expectativas mutuas; de lo que la universidad

quiere y la sociedad debe dar, pero sin que pueda establecerse de antemano al alcance de las necesidades de la primera y de las posibilidades de la segunda. La sociedad se muestra incapaz de dar el primer paso porque está manejada por “profesionales” en el sentido peyorativo de la palabra, que simplemente se encargan de reproducir el esquema predominante, y la universidad no responde porque en ella brillan por su ausencia la reflexión científica y la actitud crítica. A lo sumo se llega a tomar conciencia de la situación —del antagonismo diríamos— y se proponen algunas soluciones. Del lado de la sociedad se reclama permanentemente que la universidad se “despolitice”, es decir, que evacúe de sí misma la innata inconformidad estudiantil sobre todo cuando ésta se confunde o se suplanta por explosiones violentas, anarquizantes y estériles. Del lado de la universidad se proponen fórmulas para la elevación del nivel académico, como mecanismos más rigurosos de selección, revisión permanente del curriculum y mayor capacitación y remuneración al cuerpo docente; o se redoblan esfuerzos para incrementar la investigación y mejorar y fortalecer los programas de postgrado y las especializaciones, etc., etc. Pero todo esto a la larga, no logra romper el círculo vicioso y así, esporádicamente, se asiste al enésimo diagnóstico en el cual, por desgracia, se vuelven a repetir los mismos problemas y casi las mismas soluciones. Por enésima vez la sociedad vuelve a mirar los problemas universitarios bajo una óptica política y por enésima vez la universidad mira a la sociedad a través del Estado como si sus relaciones con ella se redujeran a las políticas estatales en materia de educación y a los recursos financieros que los gobiernos deben otorgarle.

LA NEGATIVA INCIDENCIA DE LA SOCIEDAD

¿Cuál es, entonces, el verdadero trasfondo de ese círculo vicioso que aparentemente caracteriza las relaciones entre sociedad y universidad y que lleva a muchos a hablar del divorcio existente entre una y otra? Mi opinión es que un país con las características de Colombia limitado como está en su desarrollo por determinantes estructurales propios de su aparato productivo y por fenómenos coyunturales pero no menos condicionantes como el narcotráfico y la guerrilla, no ha podido generar una universidad que descuelle por su quehacer científico y por producir los instrumentos técnicos y tecnológicos que permitan superar aquellas limitaciones. Por otra parte, las secuelas que en el plano ideológico han creado dichos factores y que se manifiestan en su acomodamiento fácil a las condiciones de ese escaso desarrollo por parte de quienes tienen en sus manos las riendas de la sociedad a nivel econó-

mico y político, se traducen en una actitud y un espíritu conformistas que no permiten entender el papel y la importancia de la universidad y por lo tanto exigir y recibir de ella las respuestas concordantes con las necesidades del progreso. Sobre esto, los ejemplos son numerosos. Se tiene un industrial acostumbrado a marchar a la zaga del desarrollo técnico mundial y conformado con los niveles casi de subsistencia que le brindan sus procesos de acumulación; un Estado caracterizado por el ejercicio burocrático de gobiernos secularmente clientelistas y dirigentes que ven en la política simplemente un cómodo estilo de vida. Y en el plano social se observa, sobre todo últimamente, la preeminencia de un espíritu facilista, de ostentación, creado por la influencia de actividades perniciosas unas, pragmáticas otras que han conllevado a la subestimación del trabajo intelectual y a las inclinaciones del profesional hacia el burocratismo en sus conocimientos. Ese espíritu también ha golpeado a la universidad y sus efectos se manifiestan tanto en la actitud burocrática con que se ejerce en su seno la actividad intelectual llámese investigación o docencia, como en esa tendencia arribista de ver en la especialización, no la circunstancia para elevar el nivel de conocimientos, sino el medio de sumar puntos en el escalafón, de agregar factores salariales que permiten elevar los ingresos para un mejor estilo de vida.

¿Puede entonces una sociedad marcada por los signos anacrónicos de un atraso material y cultural, asumir una actitud más exigente y ejercer una influencia más positiva sobre la universidad que es su producto y que elegantemente reproduce sus más arraigados prejuicios? Puede un país como el nuestro que todavía tiene analfabetos al 20% de su población y a la gran mayoría de sus habitantes subsumida en una cultura de la pobreza, exigirle a su universidad que produzca un profesional de alta calidad y a ella misma que desarrolle la ciencia y la tecnología que nos son necesarias? Francamente creo que no y la desconfianza no se deriva únicamente de la discutible reflexión que atrás he elaborado sino de las lecciones que podemos extraer de la historia de la relación sociedad-universidad en la cual se ha visto que ni una exige ni la otra responde, cerrándose así el aparente círculo vicioso en que han caído esas relaciones.

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD

Digo, que es un círculo vicioso aparente, porque si bien es cierto, que la sociedad que hemos descrito, maniatada como está por los complejos del subdesarrollo y los prejuicios de la politiquería

y el arribismo no puede ejercer una mayor influencia sobre la universidad para dinamizarla, también lo es, que la universidad es la primera institución social llamada a tomar conciencia de esta situación y procurar mediante aquello que le compete, es decir el ejercicio de la ciencia, los medios e instrumentos que le permitan ejercer una función transformadora de aquellas circunstancias y, por ende, transformarse a sí misma. Ciertamente no se trata de un mismo acto de reflexión intelectual que, a la manera de un silogismo, concluya que la universidad pueda llevar a cabo esta tarea por ser, por excelencia, el cerebro pensante de la sociedad, sino del reconocimiento de una función cuyas posibilidades no solo se aceptan sino se han buscado concretar para hacerlas una realidad positiva para el país. Sólo que las propuestas no han pasado de ser recomendaciones bien intencionadas; los esfuerzos no han durado lo necesario y los planes y proyectos se han estrellado contra esa montaña de obstáculos financieros y burocráticos que siempre se levanta para no dejar hacer las cosas, pero que también sirve de pretexto muchas veces hasta para no intentarlas.

Lo que se impone es destacar aquello que tienen en común y que no es otra cosa que el deseo sentido de que la universidad encuentre y ejerza la función que sólo ella pueda cumplir: señalarle a la sociedad la senda del progreso y el bienestar.

Mucho es lo que se ha propuesto en ese orden de ideas y las voces que se han alzado para hacerlo representan a todos los sectores e instancias de la sociedad, desde las gubernamentales, cívicas y gremiales hasta —por supuesto— las instancias y sectores propiamente universitarios. Dispendioso sería reseñarlas a todas, pero sí vale la pena señalar que, a diferencia de las propuestas oficiales que bien podrían definirse como simples admoniciones, sólo las de estudiantes y profesores han constituido banderas de lucha que no pocos estremecimientos han producido en ocasiones. Tampoco vendría al caso cuestionarlas por su validez, seriedad o consistencia ya que podría caerse en el antipático maniqueísmo de agruparlas como buenas o como malas, sustrayendo de paso lo que tienen de positivo. Por el contrario, lo que se impone es destacar aquello que tienen en común y que no es otra cosa que el deseo sentido de que la universidad encuentre y ejerza la función que sólo ella puede cumplir: señalarle a la sociedad la senda del progreso y el bienestar.

Aquí nuevamente son los directivos quienes con su voz autorizada destacan ese papel de la universidad ya no solo concretándolo en aquello que por definición le corresponde a esta institución, como la "autoevaluación", la "revisión permanente del curriculum" el impulso a la investigación, a la formación humanística, etc., sino definiendo una actitud que está más allá de las cuestiones puramente académicas y que trasciende al campus universitario para colocar la universidad en el centro mismo de los problemas sociales. "La universidad tiene que ser más agresiva" dicen y con ello sintetizan el carácter del esfuerzo que la institución debe desplegar para desatar el nudo gordiano de su desarticulación con el todo social. Agresividad bien entendida, agregamos. Estamos seguros que para los directivos no tiene esa connotación inquietante cuando la palabra se pronuncia desde los recintos universitarios pero también creemos que hubiera sido interesante que se detallara más su significado y su sentido porque nos parece que ese llamado constituye un buen punto de partida para una novedosa reflexión acerca del papel de la universidad y de su relación con la sociedad. El punto de vista de los directivos llega hasta la idea de que la universidad debe crear su imagen y saber vender su imagen; que debe entrar en una especie de competencia empresarial con base en los servicios que ella misma genera; que debe sacar a sus profesores y estudiantes de las aulas y habilitar a estos últimos para que sean capaces incluso de crear su propio empleo. Un tema de discordia que demuestra hasta qué punto hay todavía prejuicios para incluir el elemento como un componente inevitable en la actitud de la universidad, fue el relativo a la política; quizás porque el ejercicio de ésta en el seno de aquella ha resultado últimamente desastroso, se piensa todavía por parte de alumnos, que la universidad debe estar al margen de aquella actividad, sin tener en cuenta que la política es un lado insoslayable en el análisis de los problemas sociales. En todo caso la uniformidad de criterios giró en torno a la necesidad que tiene la universidad de proyectarse sobre la sociedad como una forma de romper ese divorcio y eliminar la brecha que la separa de ésta. Lástima que el espacio en que fueron publicadas estas opiniones haya sido tan reducido, como para saber qué más se dijo y qué otras ideas se plantearon especialmente en lo relacionado con el papel en que en esa agresividad de la institución universitaria se le adjudica a la ciencia.

EL PAPEL DE LA CIENCIA

Tópico no menos importante que el "espíritu empresarial" para definir e implementar una acti-

**Hay que tener en cuenta que
los profesionales y los investigadores,
lo mismo que los estudios
—llámense asesorías o consultorías—
son los verdaderos puentes
que comunican la institución
universitaria con la sociedad.**

tud más agresiva, más positiva de la universidad frente a la sociedad es el de la ciencia. Más aún, por hacer parte el conocimiento científico, de los instrumentos propios de la universidad en su labor formativa, hubiera merecido una consideración especial y una alusión más directa en relación con el proyecto de "insertar la universidad en la sociedad" esbozado por los directivos. Ciertamente es que hay llamados claros que apuntan todos hacia la opacidad de la ciencia como guía y norte de la capacitación y formación universitarias y hacia las repercusiones de esto en el resultado "profesional" que se obtiene y del cual hablamos al principio. Pero, precisamente, porque el profesional que se crea y las investigaciones que la universidad crea y debe realizar, vistos como resultados eficaces, sólo pueden ser producto del conocimiento y de la formación científica, la evaluación del papel de la ciencia debió ocupar primerísimo lugar en la implementación de la efectividad de la función social de la universidad. Hay que tener en cuenta que los profesionales y los investigadores, lo mismo que los estudios —llámense asesorías o consultorías— son los verdaderos puentes que comunican la institución universitaria con la sociedad y, de la formación científica de los primeros y la calidad científica de los segundos, depende que aquella comunicación sea real, valga decir, que corresponda verdaderamente a las respuestas que la universidad debe darle a las exigencias y necesidades de la sociedad. Ahora bien, lo que se ha señalado a ese respecto, es poco comparado con la incidencia que el asunto tiene sobre los problemas que se han cuestionado; pero es prácticamente nulo cuando se han planteado alternativas para que la universidad supere las limitaciones.

"La imposibilidad de hacerle frente adecuadamente al desarrollo tecnológico y científico" dicen los directivos es el resultado de la convergencia de dos factores "masificación" y "falta de recursos". Esto ocasiona desconfianza en las clases dirigentes y falta de credibilidad en los industriales ya que unos y otros no ven que la universidad haya creado

“una masa crítica de científicos”. Pero al mismo tiempo esa falta de credibilidad “afecta la calidad de la educación”, es decir, no permite que aquella sea científica. Volvemos así al círculo vicioso: la sociedad no cree en la universidad porque no produce ciencia porque la sociedad no cree en ella. Romper el círculo implicaría eliminar los factores determinantes: la masificación y la falta de recursos. Pero, habría que preguntarse, ¿en qué consiste la masificación y cuántos recursos requiere la universidad para garantizar una educación de calidad? Y si se elimina la masificación, no quedaría la universidad reducida a un centro más elitizado en el cual el conocimiento científico sería privilegio de unos pocos? y ¿Qué pasaría con el resto de la población estudiantil, se le habría de negar el derecho de educarse?, a formarse? ¿Cuáles serían para el país las consecuencias de esa elitización? Y desde el punto de vista de los recursos podríamos preguntarnos ¿Cuándo han sido suficientes los recursos? Y más aún, cuándo lo van a ser? Si se mira el vertiginoso desarrollo de la ciencia de otros países y si se está pensando en impartir una educación científica es ponerse a la altura de aquellos, entonces tendríamos que concluir que cada vez los recursos son más escasos y lo serán más si pasa el tiempo y no hacemos nada con los pocos que tenemos. Por lo tanto, es necesario que empecemos a romper ese impasse y que admitamos que nunca, bajo estas condiciones, vamos a estar en la situación óptima para estructurar e impulsar un proceso educativo de calidad, científico, y que, por el contrario, nuestras carencias son el punto de partida para empezar a diseñarlo.

En ese orden de ideas me gustan las apreciaciones de Luis Arraut cuando admite que la posibilidad de desarrollar la ciencia y la tecnología deben estar en concordancia “con las necesidades y posibilidades que tenemos”; es el reconocimiento de que el comienzo de la solución del problema está en nosotros mismos, en nuestras capacidades y en la realidad social que nos circunda; es también el

En los profesionales liberales la enseñanza ha sido etérea, teoricista, difusa; y en las profesiones técnicas ha sido mecánica, practicista. Por supuesto que hay excepciones sobre todo en el campo de la medicina, pero éstas son la honrosa reserva que nos dice que no todo ha sido malo.

señalamiento de un principio metodológico aplicable no sólo en “el proceso de desarrollo científico y tecnológico” que se basa en la investigación, sino también en la orientación de la enseñanza, en la aplicación de la ciencia y, respecto al proceso educativo, en el logro de una educación de calidad y, —por qué no— científica.

Hasta ahora la formación universitaria se ha impartido sobre los dos polos extremos. En los profesionales liberales la enseñanza ha sido etérea, teoricista, difusa; y en las profesiones técnicas ha sido mecánica, practicista. Por supuesto que hay excepciones sobre todo en el campo de la medicina, pero éstas son la honrosa reserva que nos dice que no todo ha sido malo. En un plano general las consecuencias de esa formación precaria que tanto se critica nos muestran a un “pensador social” que habla en un lenguaje esotérico de los problemas del país y a un “ingeniero” convertido en una “pieza de motor”. Uno y otro incapacitados para presentar alternativas y para dar respuestas acordes a las necesidades sociales y al desarrollo tecnológico. En uno y otro caso el problema radica en una formación impartida sobre la base del modelo teórico, el esquema conceptual o la fórmula escueta y fría que hace funcionar la máquina, pero divorciados por completo del contexto socio-económico que aquel modelo pretende interpretar y del carácter social del proceso productivo que aquella máquina implementa. Así las cosas, el meollo del problema se ubicaría en los términos de una enseñanza cuya metodología deja mucho que desear desde el punto de vista de una verdadera formación científica, porque divorcia los contenidos de la ciencia de su aplicación práctica y reduce aquella a una letra muerta útil solo para ejercicios intelectuales poco productivos.

LAS CRISIS

Se impone entonces un cambio en todos los planos y aspectos que tienen que ver con el proceso educativo. Hasta ahora, los métodos pedagógicos mejor intencionados han puesto el énfasis en el nivel del aprendizaje y sin tener en cuenta que, a la larga, se aprende la información que se recibe o el conocimiento que se imparte, se ha descuidado la revisión y evaluación de los contenidos programáticos para saber si son los que realmente corresponden a los propósitos de una formación científica. Esto implica necesariamente que el marco de referencia que debe tenerse en cuenta para definir los contenidos y revisar la estructura programática y curricular, debe ser la sociedad desde el punto de vista de sus verdaderas necesidades y sus proble-

mas. Cobra así fuerza y concreción aquello que los país” y “responderles al país” como “nuestra primera obligación”.

Y el país cambia quiérase o nó; de hecho ya no es el mismo de hace 20 años y en un mundo tan cambiante —parafraseando a Alfonso Borrero— cambia la ciencia y si cambia la ciencia deberá cambiar “la fisonomía de las profesiones” y por supuesto los contenidos programáticos que tradicionalmente les han servido de fundamento. En Colombia, sin embargo, se observa en algunas profesiones, —especialmente las basadas en las Ciencias Sociales— un estatismo ya bastante prolongado. Esto se traduce en una crisis, que algunos alegremente interpretan como una crisis de la ciencia, sin tener en cuenta que lo que ocurre en esos casos es la demostración de una incapacidad para interpretar científicamente los nuevos procesos que, a su vez, demandan nuevos avances y desarrollo de los contenidos de la ciencia. Eso fue lo que ocurrió por ejemplo a finales del siglo pasado cuando algunos “científicos” dieron en interpretar las limitaciones de las leyes de la mecánica para explicar el movimiento relativo; como una “crisis de la Física” ignorando que lo que estaba ocurriendo era el tránsito, valga decir el avance, de la Física Mecánica a la Física Atómica.*

En Colombia, decíamos, la crisis de los profesionales se muestra como una incapacidad para ver esos cambios o sus perspectivas y posibilidades. La explicación radica en la costumbre inveterada de repetir los mismos y viejos esquemas cifrando sobre su aprendizaje —que incluso puede ser óptimo— la formación de nuestros profesionales. Tal vez eso explica por ejemplo que nuestros economistas no hayan logrado diseñar un modelo de desarrollo que realmente funcione en nuestro país y así seguimos trabajando con los marcos de referencia que nos imponen las monitorías extranjeras y que se apliquen entre nosotros fórmulas monetarias o tributarias aprendidas en el exterior y trasladadas aquí en una sutil y elegante importación de tecnología empaçada en el maletín del asesor o el ministro de turno. Un ejemplo más de esta crisis profesional aparece por los lados del Derecho. Nuestra jurisprudencia se ve totalmente maniatada para resolver,

en los términos de su competencia, las nuevas for- país o para darle salida legal a la situación actual que obliga al mismo Presidente de la República a ir contra las normas constitucionales recurriendo a un mecanismo expresamente prohibido por la Carta Jurídica Fundamental. Sin embargo, nuestros abogados siguen abrevando en las mismas y ya viejas fuentes de la juridicidad. “Aprendiendo” cual más, cual menos, las normas legales y sus mecanismos procedimentales y “ejerciendo” su profesión con un criterio de negociantes pero inhabilitados para contribuir a las necesidades jurídicas que tiene el país para ejercer su soberanía y, de paso, para contribuir con el desarrollo de su propia disciplina. Los ejemplos continúan. En el campo de la docencia universitaria, “profesión” para la cual no existe una enseñanza ni aprendizajes especiales, la situación se presenta como un caos, lo cual agrava las perspectivas para impartir una educación de calidad. Cada profesor enseña su materia conforme la aprendió y, aunque todos se desempeñan con idoneidad, la falta de una uniformidad de criterios en cuanto a objetivos, contenidos de programa y metodología, no permite que haya una verdadera formación integral, “interdisciplinaria” como quiere el rector de la Universidad Nacional; en suma una formación científica.

UNA ALTERNATIVA

Las condiciones mínimas sobre las cuales debe basarse ese tipo de formación son, según mi muy discutible punto de vista, las siguientes:

En primer lugar debe tenerse en cuenta el significado y la importancia fundamental de la educación. En efecto, la educación debe considerarse como una función necesaria a todo tipo de sociedad, especialmente las modernas que requieren de ella no solo para mantener y afianzar el desarrollo que hayan alcanzado sino también para hacerlo avanzar. Hoy por hoy el desarrollo se mide además por el grado de productividad del trabajo, entendida como el resultado de la combinación óptima de los elementos del proceso productivo y que trae como consecuencia la reducción del tiempo de trabajo y la elaboración de una mayor cantidad de productos. Pero la actividad también resulta de la aplicación de los conocimientos científicos a ese proceso productivo en una proporción directa, de tal manera que, a mayor avance de las ciencias que se aplican, mayor es la productividad. Esto conduce inevitablemente a considerar la ciencia como una potencia o una fuerza más en el proceso de producción y, por ende, en el desarrollo. Por lo

* Todavía en algunos diccionarios se lee la siguiente definición de Física: “Ciencia que estudia las leyes y propiedades de la energía y la materia, mientras esto no cambie de composición. . .” (!). CARDENAS, Eduardo: “Diccionario Comprehensivo de la Lengua Española”. Círculo de Lectores, Bogotá, P. 208 sin fecha. Los subrayados son nuestros.

tanto, cuanto mayor sea la importancia, mayor será por consiguiente la necesidad de asegurar e implementar los mecanismos de transmisión de los conocimientos científicos y técnicos, es decir, la función educativa.

En segundo lugar, esa función de la educación debe guardar una correspondencia estrecha con las particularidades y condiciones del desarrollo social y debe reflejar en sus contenidos científicos las necesidades de ese desarrollo. Esto significa que hay que seleccionar entre la abundancia de contenidos científicos aquellos que más se ajusten y sirvan a nuestras necesidades, entendiendo que no se trata de desdeñar el mayor avance alcanzado por la ciencia sino de aplicarla y en ese proceso podremos establecer cuáles son los contenidos que mejor contribuyen a nuestras posibilidades de desarrollo. Téngase en cuenta que muchas veces una necesidad técnica puede desarrollar más la ciencia que la enseñanza de todas las teorías y que, si bien no estamos en el plan intelectualoide y ese sí parroquial, de inventar la "ciencia nacional", si puede la nación encontrar las respuestas científicas a las particularidades de su propio desarrollo si aplica aquellos elementos de la ciencia universal que sirvan a esos propósitos.

Finalmente, la función educativa requiere de una organización apropiada que viabilice el logro de sus objetivos. Hablo aquí del sistema educativo en su conjunto, pero enfatizo en la institución universitaria porque es allí donde la ciencia debe, por excelencia, tener cabida. Esa organización debe

reflejar también el desarrollo alcanzado por la sociedad, pero así mismo, debe contener los elementos y mecanismos que garanticen el avance de aquel desarrollo. Los elementos son aquella serie de principios que expresan las características del tipo de educación que se requiere; es decir, el tipo de educación que provee a la sociedad de la fuerza de trabajo llamada a promover e impulsar los procesos productivos, esto es, científicos, ingenieros, organizadores, administradores, técnicos, obreros calificados, etc.; que aportan los planificadores que diseñan las líneas del desarrollo social y el progreso de la gente y que promueven los dirigentes responsables del devenir social. Una educación así implica que el sistema que la implementa sea progresivamente científico en todos los campos; que sea experimental, es decir, que se articule orgánicamente con la producción y con las necesidades del desarrollo y por último, que sea progresivamente social, es decir, que permita que cada vez se vincule a él un mayor porcentaje de la población pero que haya más científicos, más técnicos, más pensadores sociales, más educadores.

La universidad, que debe ser la máxima expresión de la organización del sistema educativo, debería basar su función sobre los principios y crear los mecanismos correspondientes en los niveles curriculares y programáticos: en los niveles pedagógicos, docentes y discentes; en el nivel de la investigación, etc. Así podría garantizar que sus resultados investigativos y sus profesionales se constituyeran en los puentes de una verdadera articulación orgánica con la sociedad a la que pertenece.



Autor: Juan Manuel Lugo – Técnica: Grabado